



San Sebastian, 26 (8'45 n.). S. M. la reina no ha salido hoy de Palacio ni recibido a las autoridades...

San Sebastian, 26 (8'50 n.). La prensa local y los correspondientes de fuera han sido invitados hoy a ver la nueva cárcel...

San Sebastian, 26 (11 n.). Muchos liberales de Tolosa han venido hoy a esta capital a reclamar contra las predicaciones del P. Triviño...

San Sebastian, 26 (11 n.). Anoché a las doce una vaca brava que era conducida al Matadero por ser sacrificada...

San Sebastian, 26 (11 n.). Restablecida la calma y tratando de averiguar si había ocurrido alguna desgracia...

Segun telegrafian desde San Sebastian un colega madrileño, el Sr. Canalejas...

El presbítero D. Santos Lahoz ha hecho renuncia del cargo de individuo de la junta directiva del Casino Republicano...

DE MARRUECOS: De nuestros correspondientes: Málaga, 26 (4'5 t.). En mi deseo de cumplir lo mejor posible...

DE LA CORTE nos envia nuestro correspondiente especial las siguientes noticias: San Sebastian, 26. Algunos periódicos de Madrid, Barcelona y Bilbao...

Cádiz, 26 (5'40 t.). Noticias de Tánger dicen que las negociaciones cerca del sultan son favorables. En la cuestión de Agadir será indemnizado...

Málaga, 26 (11 n.). Invitado por el capitán del vapor Sevilla, D. Osofre Bachs, le visité a las seis de la tarde...

los dos últimos meses ha formado parte de la alta servidumbre del emperador de Marruecos...

A las nueve de la noche he desembarcado, despues de ser obsesquidísimo por el mencionado capitán y piloto Sr. Carrillo...

DE LA CORTE nos envia nuestro correspondiente especial las siguientes noticias: San Sebastian, 26. Algunos periódicos de Madrid, Barcelona y Bilbao...

DE MARRUECOS: En el consejo de ministros de anoche el señor ministro de Estado recibió calurosas felicitaciones de sus compañeros...

DE MARRUECOS: En el consejo de ministros de anoche el señor ministro de Estado recibió calurosas felicitaciones de sus compañeros...

gados al astillero del Nervion, y que las industrias del país facilitan elementos de construcción...

DE LA CORTE nos envia nuestro correspondiente especial las siguientes noticias: San Sebastian, 26. Algunos periódicos de Madrid, Barcelona y Bilbao...

DE MARRUECOS: En el consejo de ministros de anoche el señor ministro de Estado recibió calurosas felicitaciones de sus compañeros...

DE MARRUECOS: En el consejo de ministros de anoche el señor ministro de Estado recibió calurosas felicitaciones de sus compañeros...

DE MARRUECOS: En el consejo de ministros de anoche el señor ministro de Estado recibió calurosas felicitaciones de sus compañeros...

Dicese que el sultan de Marruecos ha resuelto enviar a España una embajada para reiterar a nuestro gobierno sus sentimientos de amistad...

DE LA CORTE nos envia nuestro correspondiente especial las siguientes noticias: San Sebastian, 26. Algunos periódicos de Madrid, Barcelona y Bilbao...

DE MARRUECOS: En el consejo de ministros de anoche el señor ministro de Estado recibió calurosas felicitaciones de sus compañeros...

DE MARRUECOS: En el consejo de ministros de anoche el señor ministro de Estado recibió calurosas felicitaciones de sus compañeros...

DE MARRUECOS: En el consejo de ministros de anoche el señor ministro de Estado recibió calurosas felicitaciones de sus compañeros...

—Os equivocáis, señora—repuso el húngaro con amabilidad.—Os saludarían a vos antes que a él.

—Sin comprender mucho, ella vió en aquella frase una galantería, y se ruborizó. Temiendo saber dicho alguna tontería, como le echaba la cara Jacquemin, reprendiéndola casi todos los días...

—El señor Jacquemin va al teatro con frecuencia?—preguntó luego Andras.

—Sí, le es preciso.

—¿Y vos?

—Alguna vez. No a los estrenos, porque se necesita ir bien vestida, sino despues cuando ya hay menos entrada. Y aun así, voy poco, temiendo que a los niños les ocurra algo mientras voy fuera...

—Trabaja tanto el pobre! Me parece que hoy ya no vendrá—dijo tristemente.—Los pequeños se comerán un bifeck, a esto se reduce su comida; no les sentará mal.

A seguida cogió a los pequeños y los sentó alrededor de la pobre mesa cubierta de un hule, diciéndoles cariñosamente: «¡Si, ¡tenéis hambre! bueno, estáis quietos, hoy os vais a comer el bifeck de papá.» Luego puso a calentar una taza de café con leche, que, junto con un trozo de queso de Italia, les sirvió de almuerzo.

Instintivamente se iba apoderando de Zilah la simpatía hacia aquella honrada mujer y buena madre, y a la vista de aquel cuadro conmovedor, poco a poco sentía desaparecer su cólera; a la que sustituía una piedad inmensa y una ternura que oprimía su corazón.

Recordando que había ido a aquella casa resuelto a provocar a Jacquemin, se representaba Zilah la horrorosa escena que tendría lugar en aquella inocente familia si el periodista tenía la mala suerte de volver a ella herido, y herido tal vez de muerte.

—¡Ah, pobre mujer! No sería Andras causa de semejante dolor, de tal aflicción. Entre su esposa y el impertinente Jacquemin se interponía ahora aquella triste y santa mujer y aquellos infelices niños que se arrastraban por allí, medio olvidados, medio abandonados por el padre y que se educaban y crecían como Dios quería.

—Puesto que Jacquemin no viene, voy a dejáros que almorcéis, señora—dijo Zilah levantándose y disponiéndose a marchar.

—¡Oh, no me incomodéis, caballero! Ya veis que no por eso he dejado mis tareas.

—Adios, señora—añadió Andras saludándola con marcado respeto.

to, quedando como desconsolada al ver alejarse a aquel hombre que se marchaba sin decir lo que quería y tras del que ella sintió un vacío como si desapareciese repentinamente con él una esperanza.

—¡Ah! qué secretos encierra la vida de París—pensaba Zilah al bajar la escalera.

Cuando entró en su casa de regreso de aquella visita, se encontró a Yanski Varhely, que le estaba esperando, y en cuyo semblante se retrataba la inquietud.

—¿Qué ha ocurrido?—preguntó el antiguo luser.

—¡Nada! Y le refirió cuanto acababa de ver.

—¡Qué París este!—dijo en seguida.—Voy que para conocerlo bien es necesario penetrar en el interior de las familias.

Sentándose, cogió un pliego de papel y escribió:

«Caballero: Al publicar el artículo que habeis escrito, referente al principe Andras Zilah, habeis cometido una acción indigna. Un intimo amigo del principe estaba resuelto a hacerosla pagar caro. Alguien le ha desarmado. Esta ha sido la admirable mujer que tan honradamente lleva el nombre que le disteis y que con tanto valor sabe sobrellevar la vida que vos le dais. Mme. Jacquemin ha hecho olvidar la infamia de Mr. Puck. Pero otra vez que os pongáis a hablar de las desdichas ajenas, fijaos un poco en vuestra existencia y aprovechad la elección de moral que de paso os da.»

«UN DESCONOCIDO.»

—Ahora—dijo Zilah—hacedme el obsquio, mi querido Varhely, de encargar que lleven esta cartita a Mr. Puck a las oficinas de La Actualidad, y al mismo tiempo decidid a vuestro criado que compre algunos juguetes, los que él quiera; ahí va el dinero, y despues los lleve a casa de Mme. Jacquemin, calle Rochecouart, número 28. Tres juguetes por lo menos, porque son tres los niños. Todo esto habrán ganado al fin los pobrecitos.

XXVI.

En lo sucesivo Andras Zilah cada día procuró vivir más apartado del mundo, sin que nada le sacara de su soledad. ¿Qué le importaba que hubiesen aparecido en aquel periódico, que quizá habría cesado ya de publicarse, aquellos sueltos odiosos? Su dolor no estribaba en que le recordasen la traición, sino en la traición misma. Y este sufrimiento continuo era lo que casi le hacía desear la muerte.

—No obstante, es preciso vivir!—se decía.—¡Si vivir apesadumbrado eternamente es vivir!

Por huir del presente se entregaba a los recuerdos de la guerra como si se sumergiese en un baño de olvido, olvido extraño en el que encontraba de nuevo los patrióticos dolores de otro tiempo. Con feroz ahínco se dedicaba a leer los libros en que Georget y Klava, los

actores del drama, justificaban sus actos ó exhalaban sus quejas. Esperaba que la patria le haría olvidar su amor.

En el salón principal, donde de ordinario se pasaba horas enteras, varias veces sus ojos se fijaban en los lienzos de Matejko, el Polono, en los cuadros que representaban batallas, soldados, husares ó hounoeds, yendo al combate, campamentos de ziganos en medio de una puesta de sol roja como un incendio, y en todo ello veía la inolvidable puzta húngara.

Las horas se le hacían agradables contemplando aquellos lienzos que le hablaban de su pasado.

A los ratos de taciturno abatimiento sucedían en su ánimo vivos deseos de respirar nuevos aires, de huir de París, de poner mucha tierra entre Marsa y él, emprendiendo un viaje larguísimo, haciendo una expedición por el mundo, donde la impresión de cosas y hechos desconocidos amortiguaria su dolor y donde quizá la casualidad le deparase un incidente cualquiera que le quitara la vida.

Esto sin contar conque esa misma casualidad podría poner en su camino, y al alcance de su mano, a Meuko.

Pero llegado el momento de ponerse en marcha, de lanzarse en aquella desatinada carrera, la indolencia se apoderaba de él y experimentaba un entorpecimiento como el herido que carece de fuerza para moverse. Y así seguía en su casa sin salir apenas, triste, afogado, pensando, en medio de sus cavilaciones, si debía entablar un pleito para romper aquella unión, para reclamar su nombre a aquella mujer que se lo había robado.

—¡Pleitear! Solo la idea le repugnaba. Largar a los desmenzadores de la palabra el altivo é intachable nombre de los Zilah, oírlo resonar, no en el estrépito de la batalla, en los campos, entre el choque de los sables y el galopar de los caballos, sino bajo el techo de una sala de justicia, al oído de los curiosos, de los indiferentes, de los estragados... no, era preferible el silencio. Todo antes que el escándalo.

El divorcio! Para él ya existía, puesto que Marsa con la razón perdida, podía considerarse muerta por entonces. El divorcio, ¡que le devolvería! ¿Su libertad? El la tenía. Lo que no podía devolverle era su fé perdida, sus ilusiones desvanecidas, su honor, hecho jirones y arrastrado por el fango.

Cuando estas ideas le asaltaban, rojos vapores obscurecían su vista y la ira oprimía violentamente su pecho.

A veces ardía en deseos de ver nuevamente a Marsa, como si todavía quisiera lanzar al rostro de la infeliz algún rayo de su cólera. Cuando, por casualidad, pasaba por su mente el nombre de Maissons-Laffite, experimentaba como un sacudimiento eléctrico. ¡Maissons!

Aquel jardín bañado por el sol, aquellas calles de árboles, aquellas flores, aquella villa con su virgen bizantina se le aparecían de repente, como un paraíso perdido, ó más bien emponzoñado. Por otra parte, Marsa ni siquiera estaba ya allí, y la idea de que aquella criatura superior, aquella mujer que, en mejores tiempos, le hacía estremecer al pensar

que iba a embriagarse con el perfume de sus cabellos, con el encanto de sus caricias, se hallaba allí, en Vaugirard, asilada entre dormientes, producía una sensación de agudo sufrimiento, de sofocación, como si le atormentase una pesadilla.

Hasta tal extremo le preocupaba aquella casa de locos en que estaba presa Marsa, que algunas veces sentía necesidad de huir, por no aparecer débil, por no caer en la tentación de ver de nuevo a la ziguana.

—¡Qué cobardes somos!—pensaba. Una tarde anunció a Varhely su propósito de trasladarse a aquella apartada villa de Sainte-Adresse, desde donde tantas veces, hablando de la patria, habían contemplado el mar.

—Voy allí para estar solo, mi querido Yanski! pero estar con vos es como estar solo, sin extraños. Espero, pues, que os vengáis conmigo.

—Seguramente—dijo Varhely. El Principe solo se llevó un criado. Aspiraba a vivir en aquella costa brava como un oso en lo alto de las montañas. Allí Varhely, asustado del cambio rápido que de día en día era más perceptible en la salud de Zilah, de aquel color amarillento que iba tomando su triste semblante, no le abandonaba un momento, procurando distraerle y arrancarle de sus preocupaciones haciendo recaer la conversación sobre aquellos inolvidables días que sólo él, su antiguo amigo, podía evocar con todos sus interesantes detalles como copartícipe de los memorables sucesos en los que el principe Zilah había sido el héroe.

Andras y su amigo permanecían largas horas en la azotea de la villa viendo ponerse el sol a sus pies, en tanto que las lanchas, con sus blancas velas al viento, surcaban como gaviotas el azulado mar y que la luz repulsiva enviaba sus rayos sobre las paredes de rojo ladrillo y las ventanas de la casa.

Profusión de flores puestas en tiestos de loza fina y reluciente como el oro aumentaban el encanto de aquel paraje, y en las laderas Yuguville las casas, con sus tejados de pizarra, rodeadas de árboles, se tenían de púrpura, en tanto que los aduaneros, con su carbina a la espalda y en tranquila conversación, caminaban lentamente hacia sus puestos para vigilar durante la noche.

Aquella impresión de apacible calma iba poco a poco produciendo en el principe Zilah el efecto saludable de un baño despues de una fiebre nerviosa. Se dejaba llevar a reflexiones menos amargas, y ¡cosa rara! aquel rudo Yanski Varhely era quien, con sus zalameñas, había conseguido que su amigo se conformara más resignado con la vida.

Muchas veces Andras y Varhely bajaban a la playa. El mar casi lamía sus pies. Su brillante superficie despedía plateados reflejos. Las olas, iluminadas por la luna, al agitarse parecían franjas de lumincentes átomos. Los barcos, con el farol encarnado colgado en uno de sus palos, ó con sus verdes linternas, dejaban ver la dirección de su marcha.

De la arena mojada se desprendían reflejos de luz como si fuese un ancho espejo que



